

Buen momento

A todas las generaciones les ha tocado soportar sucesivamente una parte, no siempre alicuota, de los dolores y frustraciones que marcan indefectiblemente el destino humano.

A la nuestra, a la de quienes aún no teníamos uso de razón cuando el General Franco decidió desencadenar una guerra para imponer el fascismo a todos los pueblos del Estado español, también le ha tocado una buena dosis de sufrimiento y de decepción.

A los abertzales de mi edad, en concreto, se nos ha amargado la vida bajo consignas y alienaciones muy diversas. Y lo grave no es tanto, políticamente, nuestra amargura personal, cuanto las oportunidades de liberación perdidas por nuestro pueblo.

Cuando nosotros éramos jóvenes (para exponer el tema de forma relativamente cronológica), y cuando se nos ocurrió la idea de iniciar un trabajo de desalienación política, en pleno franquismo, la respuesta que nos daban «los mayores», «los del Partido», y todos los que pretendían ser «vascos sesudos», era invariablemente la misma: «Es mal momento». Plantear la reivindicación de los derechos del pueblo vasco era «inoportuno». Simplemente: *no era el momento*. Había que *esperar*, porque Franco estaba al caer.

Pasaron los años. Y al terminar la década de los cuarenta se hundió el aparato de la «Resistencia».

La burguesía llamada «vasca» aprovechó aquellos años de postración nacional y de aislamiento económico para hacer pingües negocios, al precio de alterar irresponsablemente la ecología y la demografía del país. Como eco de ese fenómeno, promovido con entusiasmo por nuestra clase «dirigente» (?), se oía en las filas franquistas: «Ahora que el mundo camina hacia amplios conjuntos supranacionales, los vascongados deben integrarse definitivamente y sin reservas en la Madre Patria; y olvidar las estrecheces del nacionalismo rural de campanario».

Evidentemente: era «mal momento».

Luego, cuando nació la izquierda abertzale en medio de enormes dificultades y de no menores insuficiencias ideológicas y estratégicas, el destino nos regaló las delicias del social-imperialismo. Era el momento de la liberación de las colonias, del Congo, de Túnez, de Argelia. Pero eso era «en el Tercer Mundo». No era nuestro momento...



Muy por el contrario, lo progre era entonces decir: «las ikastolas son burguesas» (la escuela franquista, obviamente, era un modelo de radicalismo revolucionario). Quienes sosteníamos, contra viento y marea, que la ikastola era entonces la única escuela vasca, éramos mirados por encima del hombro por los futuros militantes del PSOE (disfrazados entonces de izquierdosos).

Nosotros proclamábamos, también entonces, y contra viento y marea, que el euskera es no sólo «importante», no sólo «la más importante característica nacional», sino exactamente *el factor que da su ser nacional al pueblo vasco* (como les ocurre con su lengua a los eslovenos, a los kurdos, y a los noruegos). Por lo que fuimos mirados con conmiseración durante años: «éste es un pobre esencialista lingüístico pequeño-burgués, que aún no se ha enterado de que está superado».

No era buen momento para los abertzales. «¿Tú, qué eres: chauvinista burgués o revolucionario de clase?». Había que esperar a que los marxistas-leninistas oficiales hicieran la Revolución, con mayúsculas; con lo que nuestro mini-problemita nacional se arreglaría solo. Pero, esto sí: se arreglaría *después*, tras pasar unos años de «mal momento».

Luego han venido el «pacto autonómico», el «bloque democrático», el «bloque constitucional», etc. etc. etc. Con una única obsesión: *cómo impedir que el pueblo vasco se libere de sus cadenas*.

No parecía buen momento.

Pero hace ya meses que la actualidad gira en torno a la liberación nacional de pueblos de Europa y de América.

Eslovenia ha proclamado su independencia, decidiendo salir del Estado yugoslavo. Y eso a pesar de contar con un autogobierno y una cohesión nacional decenas de veces superior a la nuestra. Lo mismo ha hecho Croacia. El Estado yugoslavo se descompone; lo cual sólo es mala noticia para los reaccionarios y los tecnócratas de derechos. Los pueblos de la antigua Yugoslavia se están *liberando*. Están viviendo un buen momento.

Nuestra pariente lejana, la Georgia kartvélica del Cáucaso, proclamó el miércoles su independencia; dando un paso valiente, tras las masacres del pasado año. ¿Quién puede entristecerse de este feliz momento que viven los georgianos? ¿De cuándo acá el imperio montado por los zares es intocable?

Pero también más cerca: el pueblo *rumano* de Moldavia, a pesar del alfabeto cirílico impuesto por Stalin y de las inmigraciones ma-

sivas a que ha sido sometido, pide a gritos Auto-Determinación, y pide unirse con los demás rumanos.

Nada diremos de Estonia, de Letonia, de Armenia; de la voluntad de reunificación, imparable, que se vive en Nagorno Karabakh, en las dos Osetias, en los dos Adzerbaidjanes (soviético y persa), etc. etc. Se trata de un fenómeno nacional como no ha habido otro.

Y no sólo en el bloque soviético. El Quebec, que parecía en punto muerto desde hace varios años, se ha lanzado, tras la ruptura del Pacto del Lago Meech, hacia la «independencia» (sic). Con el apoyo, entre otras fuerzas, de los tres principales sindicatos del país. El sueño del patriota quebequense Levesque parece, de repente, una meta política *inmediata*.

Dicho de otra forma: también le ha llegado a Quebec su buen momento.

Es decir: ha llegado el *buen momento* a los pueblos que luchan por su liberación nacional. *También a los vascos nos ha llegado el buen momento*. Hace ya meses que se dió el primer paso en el Parlamento de Vitoria, aun con las lagunas de todo tipo que todos conocemos.

Mal que pese al karka Arzalluz, y a sus perritos falderos, es el momento de pedir la Auto-Determinación; y de manifestar, en nuestra praxis política (al decir «nuestra» pensamos en *todos los abertzales*, por encima de siglas), nuestra decisión insobornable de conseguir la *independencia nacional* del pueblo vasco.

Nuestra experiencia histórica dentro de los Estados español y francés ha dejado definitivamente claro lo que podemos esperar por esa vía: nuestra *desaparición* como pueblo. La «España de las autonomías» nos ha hecho *separatistas* en sentido estricto. El «café para todos» lleva a nuestro pueblo a la *salida del Estado* como única perspectiva realista de reconstrucción nacional euskaldún.

La eclosión de Eslovenia, de Quebec, de Moldavia, etc. etc. nos lleva a decir que nos ha llegado el momento. Que quienes se oponen a poner a Euskal Herria en marcha hacia su única liberación posible, la *independencia*, se quiten la máscara de una vez.

Es ahora el momento. Pero dentro de unos años puede no serlo.

Los pueblos, como los frutos, tienen sus períodos favorables.

Luego podría ser demasiado tarde.

hemeroteca

Bandera republicana

(Amatiño, «Deia», 13-IV-1991)

Hace exactamente 60 años, el 12 de abril de 1931, tuvieron lugar en el Estado español las primeras elecciones municipales después de la dictadura de Primo de Rivera. De los 19 concejales que correspondían a mi pueblo, 18 fueron para la «conjunción republicano-socialista» y uno para el PNV.

Cuentan las crónicas que a la vista del escrutinio y al intuir que la monarquía no iba a conseguir un solo concejal en Eibar, la gente decidió no acostarse. La noche del 12 de abril los eibarreses la vivieron en la calle, frente a una pizarra en la que se iban escribiendo los resultados. El lunes día 13 se acudió al trabajo con desgana; todo fueron cábalas y comentarios y el personal se retiró pronto para recuperar el sueño.

El martes, día 14, al llegar de madrugada los primeros camiones

de pescado, se difundió la noticia de una inminente proclamación de la República. El rumor se extendió por el vecindario y antes de las seis de la mañana todo el pueblo se reunió en la plaza Unzaga —futura plaza de la República, luego del 18 de Julio y actualmente, de nuevo, Unzaga—, donde los nuevos concejales elegidos decidieron, por unanimidad, proclamar la República. Se izó la bandera republicana en el balcón del Ayuntamiento y el retrato de Alfonso XIII fue retirado al camarote. Es así como los eibarreses fueron, fuimos, los primeros del Estado en saludar a la nueva situación política. En pago a aquella ferviente demostración de republicanismo, Eibar recibió de la República el título de Muy Ejemplar Ciudad y un Instituto de Primera Enseñanza donde pudo estudiar mi madre.

Sesenta años más tarde, mis paisanos socialistas han querido recordar aquel histórico evento y me han hecho llegar un llavero con el escudo de la Muy Ejemplar Ciudad a un lado y la bandera tricolor re-

publicana al otro. A mí personalmente me parece un detalle bonito, aunque me queda la curiosidad de saber qué hubieran querido hacer con el retrato de Juan Carlos si estuviera en sus manos.

Los socialistas acusan frecuentemente a los nacionalistas de ambigüedad y les instan a definirse sobre si son autonomistas o independentistas y aclaren de una vez por todas cuáles son sus objetivos políticos. Por la misma razón habría que preguntar a los socialistas si son monárquicos o republicanos, sobre cuáles son sus verdaderas pretensiones políticas y cuál es, en definitiva, la bandera de sus reales amores y querencias.

La madre Naturaleza

(Antonio Gala, «El Independiente», 13-IV-1991)

La mayoría de las mujeres fértiles no quieren concebir, y muchas de ellas desean abortar legalmente; las estériles aspiran a tener hijos de

acuerdo con las nuevas técnicas genéticas; incluso algunas vírgenes, dejado el presumible gozo, exigen la inseminación artificial. Está claro que yo no entro ni salgo en tanta desazón; ni me pongo tampoco de parte de la madre Iglesia,

que a todas las condena. Sin embargo, me temo que el sexo no esté siendo muy bien interpretado. Y que ello no nos haga más felices, ni más pacíficos, ni más generosos, ni menos mortales. Pero sí más egoístas.



«El Independiente»